

P. E. Caquet

Campanadas de traición

Por qué Gran Bretaña y Francia
entregaron Checoslovaquia a Hitler



P. E. CAQUET

Campanadas de traición

Por qué Gran Bretaña y Francia
entregaron Checoslovaquia a Hitler

Traducción de
Ana Pardo

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Bell of Treason. The 1938 Munich Agreement in Czechoslovakia*
Traducción del inglés: Ana Pardo García

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2021

© P. E. Caquet, 2018
© de la traducción: Ana Pardo, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 208-2021
ISBN: 978-84-18526-24-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«Suenan y suenan las campanas de la traición. ¿De
quién son esas manos que las han tocado? De la
dulce Francia y de la fiera Albión, y a las dos hemos
amado».

FRANTIŠEK HALAS, «ZPĚV ÚZKOSTI»
(trad. L. Binet, en *HHhH*, Barcelona,
Círculo de Lectores, 2011, p. 87)

Índice

Advertencia del autor sobre los nombres de las ciudades y su traducción	II
1. La mirada de la boa	13
2. Comienza la batalla	35
3. Permanecemos leales	57
4. Checos y alemanes	75
5. A millones	111
6. Preparativos de guerra	145
7. Las últimas órdenes	169
8. Una elección imposible	195
9. Después de Múnich	213
Agradecimientos	243
Cronología de los acontecimientos	247
Notas	251
Bibliografía	283
Índice onomástico	293

Advertencia del autor sobre los nombres de las ciudades y su traducción

Muchas de las ciudades y de los pueblos citados a continuación tienen un nombre tanto en alemán como en checo en el momento histórico del que se trata. Este libro usa nombres checos tanto por coherencia como porque son los mismos nombres que se pueden encontrar hoy en día. Las únicas excepciones son las de lugares que tienen un nombre comúnmente aceptado y reconocido, como Praga, Carlsbad o Marienbad. Muchas de las citas del texto proceden de originales en checo, eslovaco, francés o alemán. Salvo que se indique lo contrario, la traducción es del autor.

La mirada de la boa

El sábado 12 de marzo de 1938, el embajador checoslovaco en Londres, Jan Masaryk, se reunió con Lord Halifax, que había sido nombrado recientemente ministro de Asuntos Exteriores. El tema era urgente: mientras ellos hablaban, las tropas alemanas marchaban ya por territorio austriaco y avanzaban hacia Viena. Finalmente, Hitler había emprendido el *Anschluss*, la anexión de su pequeño vecino alpino planificada durante mucho tiempo: su ejército había atravesado la frontera germano-austriaca durante la noche. Las cancillerías europeas aún no habían reaccionado y no estaban claras las consecuencias que tendría la acción. No cabía duda de que Checoslovaquia se vería implicada, ya fuese como partícipe en una hipotética intervención, como mera observadora interesada en lo que estaba pasando más allá de su frontera sur, o como objeto de la futura expansión alemana. Masaryk temía que aquello sólo fuera un primer paso. Esperaba poder convencer a su interlocutor de que advirtiese con firmeza a Hitler y así prevenir cualquier tentativa contra su país.

HALIFAX: «Me he enterado de muchas cosas en los últimos días, pero no quiero perder la esperanza de que alguna vez sea posible el diálogo con los alemanes.

MASARYK: Sí. Cuando dominen Europa. Hasta entonces sólo es posible un diálogo armado.

HALIFAX: ¿Usted cree?

MASARYK: Estoy convencido.

HALIFAX: Soy nuevo en el cargo. Antes sólo veía las cosas desde lejos, y ni siquiera cuando fui a Berchtesgaden comprendí la complejidad

de la situación como la comprendo ahora. Aunque tengo entendido que Goering le ha asegurado a Mastný [el embajador checoslovaco en Berlín] que no tienen planeado nada contra Checoslovaquia. ¿Qué valor le atribuye a eso?

MASARYK: Es una verdad provisional. Incluso la boa constrictora, después de comer, necesita unas semanas para hacer la digestión, y el festín de hoy ha sido digno de Lúculo.

HALIFAX: Probablemente esté usted en lo cierto. Me dice usted que necesita algún gesto de apoyo moral. Me gustaría mucho ayudarle, pero no sé qué puedo hacer.¹

Halifax era un conservador educado en Eton y Oxford que durante su larga carrera política había ocupado varios cargos ministeriales, pero cuyo único periodo en el extranjero había sido como virrey de la India. Debía su ascenso al deseo de su primer ministro, Neville Chamberlain, de controlar directamente la política exterior. Un mes antes, su predecesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, había dimitido bajo una nube de sospechas, dejando su puesto disponible para alguien con menos experiencia y, por lo tanto, más dócil.

Masaryk representaba las preocupaciones de su pequeña nación en el siglo xx. Hijo de Tomáš Garrigue Masaryk, fundador de la República, Jan fue un joven impulsivo. Antes de la Primera Guerra Mundial, emigró a Estados Unidos, donde vivió en la pobreza. Cuando regresó, se alistó en el ejército de los Habsburgo, donde ascendió a teniente y consiguió una medalla al valor. Después de la Gran Guerra, con su padre convertido en presidente de una nueva Checoslovaquia, Masaryk se embarcó con energías renovadas en la carrera diplomática. Gracias a sus aventuras en Estados Unidos y a un breve matrimonio con una mujer americana, presumía de «un dominio fantástico de todos y cada uno de los matices del inglés; de sus sutilezas y del argot, de sus blasfemias y de sus jergas, tanto en su variante británica como en la americana». ² Apodado a veces «el *playboy* de occidente», podía ser al mismo tiempo encantador, impaciente y directo. Quizás fue esta última cualidad la que le resultó más útil para atraer al indeciso pero austero lord anglocatólico británico que tenía como interlocutor.³

El lema de Checoslovaquia era «La verdad prevalece», tomado del mártir religioso del siglo xv Jan Hus. A Masaryk le gustaba decir en broma: «La verdad prevalece, pero la tarea puede ser ardua».⁴ ¿Cómo de ardua sería la tarea de atraer a Halifax a la causa checoslovaca? En noviembre, a título personal, Halifax había visitado Berlín y Berchtesgaden. El pretexto fue una exposición de caza organizada en la capital germana. Homenajeados por dignatarios nazis, el futuro ministro de Exteriores «había posado ante una gran cornamenta y se le otorgó en broma el título de “Lord Halalifax”, por el nombre que se da al grito de caza». La visita a la residencia de Hitler en las montañas fue más incómoda: el *Führer*, que sentía una gran empatía hacia los animales, había despoticado a partes iguales contra la exposición y contra la caza, y había propuesto sarcásticamente que «para combatir el aburrimiento, hiciesen una fraternal visita a un matadero». A sus espaldas, llamaba a su huésped «el párroco inglés». Pese a todo, Halifax fue capaz de transmitir, en privado, el mensaje que había ido a comunicar: «Danzig, Austria, Checoslovaquia [...] No estamos necesariamente interesados en defender el *statu quo* actual, pero sí en evitar que el trato que se les dé acabe, con toda probabilidad, generando problemas. Si se alcanzara una solución razonable, ante todo con el consentimiento libre y voluntario de los implicados, nosotros no tendríamos ningún deseo de obstaculizarlo».⁵ En otras palabras, después de veinte años de estabilidad, se abría la puerta a una revisión de las fronteras.

La República Checoslovaca nació durante los últimos días de la Primera Guerra Mundial, cuando el Imperio de los Habsburgo, tras haber firmado la paz, se estaba viniendo abajo. El 28 de octubre de 1918, un consejo formado por distintos partidos nacionales tomó el control y proclamó la independencia en Praga. En todo el país se prodigaron los pronunciamientos revolucionarios. Dos días después sucedió lo mismo en Eslovaquia, donde un grupo de diputados proclamó su unión con los checos en la pequeña ciudad de Turčiansky Svätý Martin. En un mes, las agrupaciones de consejos se habían constituido como Parlamento provisional y habían

redactado una constitución. En el exterior, un gobierno en el exilio liderado por el filósofo y político Tomáš Masaryk y su socio cercano, Edvard Beneš, se había granjeado el apoyo de los aliados. Antes de terminar el año, el nuevo Parlamento eligió a Masaryk como primer presidente de la República.

Al principio, el país dependía del Tratado de Versalles para la legitimación de sus fronteras y en especial para la de la frontera eslovaca, que fue atacada por Hungría en 1919. Sin embargo, en 1938 la República dependía de una red de alianzas. La principal era un pacto con Francia según el cual cada parte se comprometía a apoyar a la otra en caso de ataque alemán. En 1935, Checoslovaquia también había firmado un acuerdo de defensa con la Unión Soviética, y una de sus cláusulas era que los soviéticos sólo estarían obligados a intervenir si Francia cumplía primero su compromiso.

Entre sus vecinos más cercanos, Checoslovaquia tenía una relación débil tanto con Polonia como con Hungría. Los polacos, aunque aliados muy fieles de los franceses, no estaban en la mejor disposición. Creían que Edvard Beneš había conseguido un trato de favor en Versalles, apropiándose de territorios que deberían haber sido suyos (especialmente el enclave silesio de Teschen). Aparte de esto, Checoslovaquia era para ellos culpable de acoger a los liberales contrarios al dirigente autoritario polaco Józef Beck. Hungría, por su parte, consideraba que había sido aún más gravemente expoliada por la paz de Versalles. Contaba con una gran comunidad irredentista en Eslovaquia, que nunca dejó de abogar por la restauración del Imperio de los Habsburgo.

El segundo grupo de alianzas checoslovacas, conocidas como la Pequeña Entente, reunía a Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía. Creada en 1920, obligaba a cada uno de los tres a socorrer a los otros en caso de una agresión húngara. Para los checoslovacos, este acuerdo tenía el valor de protegerlos contra la eventualidad de un frente sudoriental, que habría dificultado mucho más la lucha contra Alemania. En 1938, la Pequeña Entente no era tan sólida como al principio: un cambio de liderazgo, con la regencia del príncipe Pablo y el primer ministro derechista Milan Stojadinović, había ayudado a Yugoslavia a mejorar sus relaciones con alemanes e italianos.⁶ Aun así, seguía estando vigente como bloque

diplomático, sus miembros se reunían con regularidad y tanto Rumania como Yugoslavia reiterarían en múltiples ocasiones durante ese año su intención de ponerse del lado de Checoslovaquia en caso de conflicto.

Por otra parte, más allá de los vínculos diplomáticos, Checoslovaquia estaba unida a Gran Bretaña y a Francia por lazos ideológicos, culturales y económicos. La República abrazó normas, prácticas y valores democráticos en una parte de Europa en la que casi habían desaparecido. Desempeñó un papel activo en la Sociedad de Naciones e incluso, aunque la Sociedad hubiese perdido parte de su esplendor, Checoslovaquia estaba comprometida con los ideales de seguridad colectiva a los que franceses y británicos seguían vinculados. En 1935-1936, Beneš había ocupado el importante puesto de presidente de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, que era la cámara de debate, compuesta por los delegados de los Estados miembros.

Las empresas inglesas y francesas tenían importantes inversiones en la República. «Gran Bretaña y Francia concentraban la mayor parte de la inversión extranjera directa en Checoslovaquia (más de la mitad del total, según algunos cálculos)».⁷ Las empresas británicas participaban en las industrias mineras y metalúrgicas y en los sectores del textil, el vidrio y la banca. La inversión directa francesa destacaba en ingeniería, acero y refinado del azúcar. Unilever producía la mayor parte del aceite vegetal del país, además de otros productos alimenticios.⁸ Prudential y British Overseas Bank eran inversores directos del Czech Union Bank, y Société Générale del Prague Credit Bank. ICI poseía, además de las fábricas de fertilizantes, la mayor parte de Explosia, la fábrica de explosivos checoslovaca, en la que también participaban los franceses y otros inversores. The London Rothschilds era dueña del grueso de las acerías de Vitkovice, lo que les facilitaba una conexión especial con la empresa de defensa militar británica Vickers. De manera aún más significativa, la empresa francesa Schneider-Creusot tenía una importante participación en las minas y fábricas de acero de Ostrava-Karvin  y en la fábrica  koda, el principal complejo armamentístico de Checoslovaquia y uno de los más grandes de Europa.⁹

Por último, desde sus comienzos, el ejército checoslovaco había gozado de un vínculo cercano con el cuerpo de oficiales francés. Un equipo de cuarenta y cinco agentes al mando del general Maurice Pellé había llegado a Praga con la misión de ayudar al ejército checoslovaco en su entrenamiento y organización.¹⁰ En la década de 1930, el alto mando checoslovaco había desarrollado su propia doctrina y sus propios planes, pero permanecía en Praga una misión militar francesa, y la estrategia global se acordaba y compartía con París. Gran parte de los soldados y oficiales checoslovacos procedían del ejército imperial austriaco, pero un contingente importante venían de la legión, el grupo de combatientes que, como prisioneros de guerra liberados, se habían unido al bando de los aliados en la Primera Guerra Mundial, junto al que lucharon. La guardia del Castillo de Praga, dirigida por legionarios, aún llevaba los uniformes de los ejércitos con los que había luchado durante la Gran Guerra: «El *poilu* francés azul celeste con su boina azul oscura, el uniforme verde grisáceo de los italianos, con un sombrero de fieltro ladeado sobre la cabeza; el uniforme caqui de la Rusia imperial, con su casco de camuflaje».¹¹

En cuanto a Alemania, en la década de los años veinte y en los primeros años treinta fue uno de los vecinos más amigables de Checoslovaquia. Bajo la República de Weimar, fue una democracia leal que no le reclamaba nada a Checoslovaquia, ya que ésta no había nacido como una escisión del territorio alemán. Sin embargo, desde que Hitler llegó al poder, tanto él como los medios de comunicación controlados por los nazis sólo le dedicaron palabras poco amistosas. Checoslovaquia era aliada de los franceses y de la Unión Soviética y, militarmente hablando, era el Estado más fuerte de Europa central. La República, industrializada y bien armada, constituía un obstáculo para los planes de expansión de Hitler. La Pequeña Entente se oponía al deseo alemán de expansión hacia el sudeste, hacia los recursos agrícolas y petrolíferos de Rumania. En noviembre de 1937, Hitler convocó a un grupo de altos cargos militares y diplomáticos y les expresó sus planes de declarar la guerra a Austria y a Checoslovaquia. Checoslovaquia debía ser destruida. Aún había que ultimar los detalles, pero el objetivo era lograr *Lebensraum*, espacio vital para Alemania, así como alimentos para

«cinco o seis millones de personas», después de que al menos dos millones de checos hubieran sido reubicados en Siberia o en Volhynia, un área pantanosa de Polonia.¹²

Según el cuadro que dibujó el corresponsal del *Daily Express*, Sydney Morrell, los hombres de Praga tenían los mejores sastres en Europa y las mujeres llevaban medias de seda. Se podía comprar zumo de tomate americano y tomar un desayuno inglés. Detrás de Hradčany, el área del Castillo, estaban las urbanizaciones modernas, con pistas de tenis en donde jugaban hombres y mujeres jóvenes, «figuras blancas dando saltos». En Barrandov podía visitarse el que estaba considerado como «el mejor restaurante al aire libre de Europa, con una piscina en lo que en su día fue una cantera»; pero la ciudad era famosa por las tabernas checas, dálmatas, húngaras y serbias, donde los gitanos tocaban música y las bandas canciones folclóricas. En la plaza de Wenceslao, la réplica praguense de los *Champs Elysées*, los periódicos se amontonaban alrededor de los quioscos. Las mujeres eslovacas, «vestidas de campesinas, algunas de ellas con faldas de volantes por debajo de la rodilla», se sentaban en pequeños taburetes y vendían blusas bordadas y muñecas hechas a mano, o «quesos de leche de oveja con la forma de un huevo de cisne y casi igual de grandes, marrones por el humo de la chimenea en donde habían estados colgados». Había también vendedores de bananas, a una corona la pieza, entre otros vendedores ambulantes.¹³

El fundador del movimiento surrealista, el poeta francés André Breton, llamó a Praga la capital mágica de Europa. Los fotógrafos de la época muestran la plaza de Wenceslao llena de automóviles, relucientes carteles de neón y escaparates de cristal brillante alternándose con los motivos florales y bustos femeninos de los edificios de estilo neorrenacentista y *art nouveau*. La capital checoslovaca irradiaba en los años treinta el mismo encanto ecléctico que hoy día. Las líneas compactas y sencillas del puente de Carlos atraían ya entonces a los artistas y turistas que acudían a verlo, aunque circulara por él una línea de autobús. Lo mismo ocurría con la abigarrada fantasía de la plaza de la Ciudad Vieja, su ayuntamiento, aún intacto en ese momento, o el reloj hebreo cuyas manecillas se mueven

en dirección contraria a la habitual, en una zona que aún estaba habitada por numerosos judíos.

Pero no toda Chequia era como Praga, ni mucho menos Checoslovaquia y, sin embargo, según la descripción de Morrell, Praga se las había arreglado para mezclar convenientemente novedad y tradición. Checoslovaquia, en el periodo de entreguerras, fue al mismo tiempo la Ruritania centroeuropea y uno de los países más avanzados del mundo. Algo más del 50 por ciento de las tierras checas estaban urbanizadas, un porcentaje similar al de Francia e incluso al de Alemania. Praga tenía cerca de un millón de habitantes y Bratislava unos ciento cincuenta mil, pero Eslovaquia era predominantemente rural.¹⁴ Al este, Rutenia, una pequeña zona montañosa, era una amalgama de identidades lingüísticas y nacionales, aún rústica y remota.

Ésta fue la época del funcionalismo arquitectónico checo, con sus fachadas simples y planas pintadas de blanco puro, sus ángulos agudos y su uso del cristal, a menudo en forma de grandes ventanales «horizontales». El movimiento había inspirado a la Bauhaus y a Le Corbusier. La arquitectura modernista de Praga, cuyo auge influyó en muchas otras ciudades, incluía los grandes almacenes Olympic de Jaromir Krejcar, un edificio con fachada de cristal «cuyos pisos superiores recordaban a la cubierta de un transatlántico», y el palacio ferial de Josef Fuchs y Oldřich Tyls (Veletřini Palác), «el primer edificio de varios pisos con un patio cubierto de cristal».¹⁵ A nivel nacional, el porcentaje de propietarios de coches estaba entre el nivel medio de Europa central y el más elevado occidental. Dentro de la oferta nacional se encontraban los Pragas y los Škodas, así como el elegante y acondicionado sedán Tatra.¹⁶ Más de un millón de checoslovacos tenían aparatos de radio y contaban con una oferta de miles de publicaciones periódicas, así como películas rodadas en los estudios Barrandov.¹⁷

Pero para Hitler, además de un botín económico o un enclave estratégico, el país era también un vecino molesto cuya dinámica se oponía a sus propios ideales. Al fin y al cabo, fue Hitler quien cerró la escuela de arquitectura de la Bauhaus. Checoslovaquia era, además, un antagonista ideológico que daba refugio tanto a sus opositores políticos como a los que huían de sus purgas.

Kurt Grossmann era un ensayista y secretario de la Liga Alemana de los Derechos Humanos, además de veterano de la Primera Guerra Mundial. La mañana siguiente al incendio del Reichstag –el incidente que Hitler, poco después de llegar al poder, utilizó como excusa para deshacerse de los comunistas y los socialdemócratas–, una llamada amiga le alertó de que no fuera a su oficina en Berlín ni se quedara demasiado tiempo en casa. Grossmann se refugió en una cafetería y, una hora después, gracias a una conversación fortuita con un conocido, decidió dirigirse a Praga. Esperó a que le trajeran una maleta y doscientos marcos imperiales y tomó el tren que salía al mediodía. En la frontera, los guardias alemanes estuvieron a punto de detenerle, pero sus limitados medios parecían ser una garantía de su regreso, tenía el pasaporte en regla y no se necesitaba visado para entrar en Checoslovaquia. Esa misma tarde estaba en el andén de la estación de tren Masaryk, en el centro de Praga, su nuevo hogar.¹⁸ Grossmann fue sólo uno de los primeros de entre los muchos hombres y mujeres que saldrían del Reich, a menudo en circunstancias escalofriantes.

En la década de 1930, Checoslovaquia funcionó como primera escala para gran parte de las ciento cincuenta mil personas que huyeron del terror hitleriano. Aunque la mayoría continuaba su viaje –hacia Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Palestina, e incluso hacia América Latina–, cerca de diez mil se quedaron y Checoslovaquia se convirtió en el segundo país con más exiliados.¹⁹ Checoslovaquia tenía una política muy abierta en lo referente a los refugiados, que incluía otorgar pasaportes a quienes carecían de ellos. No interponía acciones judiciales contra los que cruzaban la frontera ilegalmente, y –a excepción de quienes estaban considerados como un riesgo para la seguridad, a menudo comunistas– los solicitantes de asilo tenían prácticamente garantizado el permiso de residencia.²⁰ Pese a su cercanía física con Alemania, era un país más tolerante con la actividad política que otros vecinos como Suiza o los Países Bajos.²¹

A salvo en Checoslovaquia, los exiliados alemanes mantuvieron viva la llama de la oposición al régimen de Hitler, alimentando las redes de oposición dentro del Reich e informando a todo el mundo de la naturaleza del régimen nazi. Puesto que muchas de las acciones

de resistencia consistían en pasar de contrabando panfletos y noticias o en ayudar a otras víctimas del régimen a escapar, la cercanía a la frontera era fundamental. Los socialdemócratas alemanes y su organización, llamada SoPaDe (de «Sozialdemokratische Partei Deutschland»), trabajaron desde Checoslovaquia hasta 1938. Entre sus líderes se encontraban Hans Vogel, antiguo presidente del Partido en Alemania, Otto Wels, otro exdiputado y miembro destacado, y el periodista y diputado Friedrich Stampfer. Con el mando político en Praga, el SoPaDe dirigió una red de delegaciones en provincias que extendía sus tentáculos hasta el Reich.²² Durante las Olimpíadas de 1936, esta organización elaboró una «guía turística» del Reich con un mapa en donde se mostraban los campos de concentración y las prisiones.²³ Y también publicaba boletines como *Sopade Informationen* y *Der Neue Vorwärts*. En su momento culminante, Checoslovaquia fue el anfitrión de no menos de sesenta publicaciones alemanas en el exilio.²⁴

No todos los refugiados políticos alemanes eran socialdemócratas: la emigración alemana estaba bastante diversificada y también incluía comunistas, católicos, liberales, pacifistas, conservadores de la derecha tradicional, nacionalistas y protestantes luteranos.²⁵ Kurt Grossmann cuenta la historia de cómo se encontró con un tal Bernhard Weiss un día en un hotel de Praga. Weiss había tenido un alto cargo en la policía de Berlín y además de político liberal también era judío y los nazis siempre le habían difamado. Durante un viaje a Hamburgo, escuchó por casualidad las noticias sobre su propia huida en la radio. Aunque le habían advertido que no volviera a su casa, Weiss se las arregló para burlar a un pelotón de camisas pardas en Berlín y recuperar algunas de sus pertenencias. Después tomó un tren a Praga vía Múnich. Sin embargo, en el tren nocturno hacia Múnich, la suerte quiso que acabara viajando en el mismo compartimento que el propio Ernst Röhm, el jefe de las SA (aunque éste no le reconoció).²⁶

Antiguos adversarios políticos de todos los partidos se mezclaban y se reunían en los cafés alemanes de Checoslovaquia. En Praga esto ocurría sobre todo en el Continental, en su día frecuentado por Kafka, donde uno podía «leer con avidez los periódicos, conversar, pronosticar el fin de Hitler, devorar ansiosamente las noticias y

conocer a los recién llegados». ²⁷ En Brno, el punto de encuentro eran el Biber, el Esplanade o el Grand Hotel, donde se reunían médicos, industriales y periodistas. El poeta y novelista bávaro Oskar Maria Graf hablaba con entusiasmo del encanto de Brno, de las casas rurales y jardines que rodeaban una ciudad muy bien surtida: «La urbanidad democrática lo dominaba todo [...] Un buen montón de intelectuales checos, la muy culta comunidad judía, las autoridades liberales y acogedoras con los emigrantes, los dos partidos socialistas y distintos grupos de izquierdas, todos estaban con nosotros y en contra de la amenaza de quienes portaban la esvástica [...] Oh, dulce Brno de mis mejores y más dichosos años, cuán a menudo te anhelo como parte de mi verdadera patria». ²⁸

El espectro político que abarcaba el exilio alemán era tan amplio que, entre los que profetizaban el final de Hitler y tronaban contra él, estaba un antiguo jefe nazi, Otto Strasser. Strasser, que consideraba que su interpretación del nacionalsocialismo era la auténtica, lideraba un Frente Negro desde Checoslovaquia, adonde había llegado tras una temporada infiltrado en Austria. Aún conservaba el contacto con sus simpatizantes en Alemania, publicaba panfletos y más adelante editaría un periódico llamado *Deutscher Revolution*. La prensa sentía fascinación por él y en pocos días se convirtió en un habitual de los periodistas alemanes y checoslovacos. Se mostraba también amigable con «parte de las destacadas figuras políticas de Checoslovaquia», incluyendo al dirigente de los socialdemócratas de lengua alemana, Wenzel Jaksch. ²⁹

Con todo, las actividades de Strasser le colocaron en la lista de los buscados por la Gestapo. En 1933, estando en Praga, dos hombres se presentaron en su apartamento afirmando ser policías locales. Le pidieron su documentación, registraron sus habitaciones y le requisaron el revólver. El doctor Otto Baumann, como se hacía llamar, logró engañarlos en esa ocasión. Se dio cuenta de que el coche que esperaba fuera tenía una matrícula falsa: las letras eran negras sobre fondo blanco, en lugar de las checoslovacas letras blancas sobre fondo negro, y se les había caído un trozo de algodón empapado en cloroformo en la cuneta. ³⁰ Más adelante, esperando devolverles el golpe a sus oponentes, Strasser creó una emisora de radio disidente en el pueblo ribereño de Slapy, que también transmitía al

interior de la propia Alemania. Pese a ocultarse bajo una identidad falsa y mantener relaciones cordiales con las fuerzas policiales, estuvo otra vez a punto de ser detenido. Después de varios días de reconocimiento por la zona, los agentes de la Gestapo hicieron una redada en la sede a finales de enero de 1938. Strasser volvió a escapar, pero su ingeniero y radioperador, Rudolf Formis, no tuvo tanta suerte y le mataron a tiros.³¹

No en vano Goebbels llamaba a los exiliados alemanes «cadáveres de vacaciones».³² Probablemente el asesinato más sonado fue el del filósofo y escritor Theodor Lessing en Marienbad, en 1933, pero hubo muchos otros, aparte de numerosos intentos de secuestro o encarcelamiento. La policía checa frustró el asesinato del líder socialdemócrata alemán Otto Wels.³³ La Gestapo mandó a un tal Hans Zirker para que se hiciera pasar por socialdemócrata y asesinara a Grossmann, a otro miembro destacado del SoPaDe llamado Lorentz y a Strasser.³⁴ Los agentes de la Gestapo a veces se hacían pasar por refugiados o amenazaban a los familiares de los exiliados en Alemania. Las organizaciones disidentes respondían mandando a su propia gente al otro lado de la frontera o ayudando al servicio secreto checoslovaco a obtener información.³⁵

La mayoría de los alemanes refugiados no tuvieron experiencias tan espectaculares ni tan peligrosas. Sólo unos pocos eran periodistas o activistas políticos, la mayoría eran sencillos trabajadores jóvenes, a menudo incultos.³⁶ Aunque contaban con diversas organizaciones de asistencia social, tanto checas como judías o de los demócratas alemanes, su vida a veces se veía envuelta en «el manto gris de la necesidad».³⁷ Heinz Kühn, un joven exiliado de Renania que después llegaría a ser un político de alto rango en la Alemania Occidental, vivió durante bastante tiempo en un apartamento en el segundo piso de un edificio de pisos alquilados en el suburbio de Praga Zabiehllice, compartiendo casa con otros siete jóvenes refugiados. Recibía una ayuda mínima en metálico y almorzaba en un comedor benéfico en el centro. Aunque teóricamente no se le permitía trabajar, hizo turnos en una empresa de reparto de carbón y escribió artículos para una publicación alemana. Esto le permitía concederse pequeños caprichos, como ir al cine Urania, en donde se

proyectaban películas en alemán, que era un buen lugar para relacionarse con chicas alemanas.³⁸

Checoslovaquia vivía una edad de oro artística. En 1935, André Breton llegó a Praga para dar una charla ante una tribuna abarrotada sobre «La situación surrealista del objeto». Sus anfitriones fueron el poeta Vítězslav Nezval y el crítico de arte Karel Teige, y estuvieron acompañados por el pintor checo residente en París Josef Šíma, por el artista surrealista checo Jindřich Štyrský y por Toyen (Marie Čermínová).³⁹ El cubismo había disfrutado de una amplia popularidad artística en Checoslovaquia, y así continuó durante la década de los treinta, incluso tras la emergencia del surrealismo y del movimiento local del «poetismo». En literatura, ésta fue la era de Karel Čapek, conocido internacionalmente por su invención del robot en su obra de teatro de ciencia ficción *Los robots universales Rossum* escrita en 1920, de Eduard Bass, Jozef Cíger-Hronský y Karel Poláček. En el entorno de la lengua alemana, las décadas de los años veinte y treinta fueron testigos de las publicaciones de las novelas de Franz Kafka editadas por Max Brod, que también era un escritor consagrado. Musicalmente, la República había visto los últimos años de Leoš Janáček y los primeros de Bohuslav Martinů.

En la música popular, el jazz, tanto el importado como el local, estaba empezando a dar sus primeros pasos en los clubs y teatros checoslovacos. Y lo mismo ocurría con el género de las revistas satíricas. A finales de 1937, los actores y guionistas Jiří Voskovec y Jan Werich estrenaron una obra llamada *La pesada Bárbara*: una parodia en donde aparecía un país dictatorial ficticio llamado Yberland, que estaba buscando una excusa para invadir a su pequeño país vecino Eidam.⁴⁰ El Teatro Liberado, que originalmente sirvió como escenario de obras vanguardistas, impulsado por Voskovec y Werich empezó a producir revistas que mezclaban el jazz, los gags y el humor inteligente, para después centrarse en obras políticas durante los años treinta. Aunque se burlaban de las instituciones y de la política en general, el nazismo se convirtió en su claro objetivo. El público empezó a cantar las canciones que sonaban por la radio, a propagarlas de boca en boca, lo que contribuyó a crear un estado de ánimo irreverente hacia el país totalitario que tenían por vecino.

Los seguidores de Hitler sabían lo que hacían cuando acuchillaron los lienzos de una exposición de arte contemporáneo en Ústí nad Labem.⁴¹ La modernidad checoslovaca fue desde su misma concepción una manifestación de los valores democráticos del país. De la misma manera que el arte contemporáneo occidental, colorista y atrevido, representó durante la Guerra Fría la diversidad desenfadada frente al clima intelectual soviético, rígido y frío, Checoslovaquia y su cultura defendían una libertad festiva frente al arte de la «pureza racial» del Reich y sus normas impuestas a la fuerza. En marzo de 1938 se estrenó en el Teatro Nacional de Praga la ópera *Julietta* de Martinů: supuso un éxito absoluto y estuvo en cartel durante muchas noches con una audiencia entusiasta.⁴² Sin embargo, lo que el público de Praga celebraba sin parar durante todas las representaciones no era sólo la obra de Martinů, sino sus insinuaciones progresistas y cosmopolitas; tenía un espíritu liberal que proclamaba tanto como podía su actitud desafiante frente a la presión del Reich.

Por último, los refugiados más relevantes fueron el pequeño grupo de escritores y artistas que habían huido de Alemania. Eran ellos quienes mejor podían burlarse de los nazis y conseguir la atención del público. Encontraron en Checoslovaquia un país en donde no se quemaban los libros y en donde sus obras no eran prohibidas. Quizás el más conocido de todos los exiliados alemanes fue alguien que, por extraño que parezca, adoptó la nacionalidad checoslovaca aunque no vivía allí: Thomas Mann, el ganador del Premio Nobel, autor de *La montaña mágica* y de *Los Buddenbrook*. Despojado de su nacionalidad alemana, se le ofreció un pasaporte checoslovaco en un gesto respaldado por los propios Masaryk y Beneš. Mann visitó su nuevo país en 1937, y siguió defendiendo a Checoslovaquia desde la distancia, después de mudarse a Estados Unidos en mayo de 1938.⁴³

Entre los destacados artistas alemanes exiliados en la escena de Praga estaban Helmut Herzfeld, también conocido como John Heartfield, y Oskar Kokoschka. Kokoschka, que acabaría emigrando a Inglaterra, fue un expresionista célebre por sus cuadros atormentados, pero llenos de color. Aparte de numerosos e inolvidables paisajes de Praga, pintó un famoso autorretrato en el que

se representaba como «artista degenerado».⁴⁴ Heartfield, inicialmente miembro del movimiento dadaísta, se hizo famoso por sus fotomontajes, que a menudo contenían un mensaje político. Fue un artista destacado en la gran exposición de caricaturas en la Galería Mánes en 1934, junto a grandes celebridades como Jean Cocteau y Otto Dix. Un fotomontaje famoso de Heartfield mostraba a una mujer crucificada en una esvástica, o a un pequeño Hitler con la cabeza desproporcionada regando un roble cuyas bellotas eran obuses gigantes. La exposición fue severamente criticada en Alemania, y fue objeto de protestas oficiales por parte de Italia y Polonia. Esto no impidió que los Mánes volvieran a repetir la exposición en 1937, con Kokoschka y Heartfield como artistas destacados.⁴⁵ Junto a estos nombres reconocidos había una multitud de artistas e ilustradores menores, como los colaboradores del periódico satírico *Simplicissimus*. Era una mezcla de periódico literario y de la revista *Punch*, una iniciativa luego recuperada en Checoslovaquia con distintos nombres, como *Simplicus* y *Simpl*, con acciones calculadas para mantener a los nazis en un estado de exasperación constante al otro lado de la frontera.⁴⁶

El 20 de febrero de 1938, Prokop Drtina sintonizó un discurso que estaba dando Hitler en la Ópera Kroll de Berlín, el primer discurso transmitido por la radio checoslovaca. Su impresión instantánea fue la de la vulgaridad del líder alemán, su fuerte acento, la grosera elección de sus palabras y su estilo callejero.⁴⁷ «Todo su comportamiento recordaba al de un pequeño funcionario austriaco o un suboficial», señaló otro oyente, «incluyendo su nariz torcida, el bigote como si fuera un cepillo y sus piernas arqueadas. Hitler ladraba con acento austriaco, y sólo sus seguidores internacionales (de todas las edades) le tenían miedo. Entre nosotros, la gente se reía de él».⁴⁸ Sin embargo, como ambos reconocieron, las palabras de Hitler eran graves. «Más de diez millones de alemanes viven en dos de los Estados limítrofes con nuestras fronteras», había dicho el canciller alemán. «Es intolerable para la autoestima de una potencia mundial saber que al otro lado de la frontera tenemos paisanos que sufren graves persecuciones por el mero

hecho de ser solidarios y por su sentimiento de unión con Alemania [...] A los intereses del Reich alemán compete también la protección de esos hermanos alemanes que viven más allá de nuestras fronteras y no tienen garantizada su libertad personal, política e ideológica». ⁴⁹ Los dos Estados que no había nombrado eran sin duda alguna Austria y Checoslovaquia. Los nazis ya habían intentado invadir Austria en 1934, y no era ningún secreto que Hitler quería anexionarla al Reich. Ahora Checoslovaquia también estaba en la misma situación.

La tercera razón por la que Checoslovaquia estaba bajo el foco de interés de Hitler era que incluía una comunidad que el Reich podía considerar como propiamente suya. Bohemia y Moravia, tierras checas históricamente hablando, contenían algunas regiones y enclaves fuertemente germanizados, especialmente a lo largo de sus fronteras. Muchos o casi todos los habitantes de estas áreas tenían el alemán como lengua materna. Aunque eran ciudadanos checoslovacos y nunca habían pertenecido políticamente a Alemania, se llamaban a sí mismos alemanes, y así los consideraban los demás. Juntas, estas regiones formaban una provincia que nunca había estado geográficamente bien definida, llamada «los Sudetes», que no tenía ni cohesión territorial ni una capital natural; y como la capital sólo podría haber sido Praga, los praguenses alemanes normalmente eran considerados como alemanes de los Sudetes. ⁵⁰ Y los Sudetes serían el instrumento y la excusa de la campaña de Hitler contra Checoslovaquia.

Drtina, formado como abogado, había continuado su carrera como funcionario público y se unió al gabinete del presidente, trabajando como secretario personal de Edvard Beneš. Fue un importante testigo de los hechos de 1938, y sus reflexiones aparecerán numerosas veces en estas páginas. Poco después de que acabara la emisión, recibió una llamada de un amigo: «¿Has escuchado el discurso de Hitler?». Esa misma tarde, Checoslovaquia derrotó a Alemania por tres a cero en el mundial de hockey sobre hielo. Dejando aparte estas alegrías menores, el panorama se había oscurecido. «Cualquiera que hubiese escuchado las amenazas de Hitler las había entendido, sin excepciones. Fue el fin de nuestras ilusiones», escribió Drtina. ⁵¹

Los alemanes de los Sudetes se organizaron políticamente en sus propios partidos, tal y como venía siendo habitual en Austria-Hungría. Esto significaba que en Checoslovaquia había un Partido Socialdemócrata Alemán, un Partido Socialcristiano Alemán y un Partido Agrario Alemán, entre otros. La única excepción era el Partido Comunista, cuya afiliación abarcaba todas las identidades nacionales. A mediados de los años veinte, los principales partidos alemanes de Checoslovaquia habían participado en coaliciones parlamentarias de gobierno y sus diputados habían formado parte de los gobiernos. Se los llamó «activistas», y durante un tiempo recibieron la inmensa mayoría de los votos de los alemanes de los Sudetes en las elecciones. A principios de 1938 había tres ministros de los alemanes de los Sudetes en el gobierno checoslovaco: Franz Spina, del Partido Agrario; Erwin Zajicek miembro del Partido Socialcristiano, y Ludwig Czech, un socialdemócrata.

A partir de cierto momento, Checoslovaquia también tuvo un Partido Nacionalsocialista Alemán conocido como el DNSAP. Existía desde 1918, antes de que comenzase la carrera política de Hitler, y en las elecciones parlamentarias de 1929 había conseguido en torno al 10 por ciento del voto de los alemanes de los Sudetes.⁵² Sin embargo, desde el final de la década de 1920 imitaba a su primo mayor del otro lado de la frontera y había creado una organización paramilitar llamada Volkssportverband («Organización Deportiva Popular»), que contaba con camisetas pardas, accesorios con la esvástica y sesiones de entrenamiento en Alemania. En 1933, cuando Hitler llegó al poder, las autoridades checoslovacas empezaron a preocuparse por este Partido, que se desgañitaba pidiendo el *Anschluss* de los Sudetes, y se puso en marcha su ilegalización. El Estado retiró la inmunidad parlamentaria a cinco de los miembros del DNSAP y fueron detenidos varios miembros del Volkssport, algunos de los cuales huyeron a Alemania. El propio DNSAP se adelantó a su desaparición, que era inevitable, disolviéndose voluntariamente.⁵³

Sin embargo, antes de su disolución definitiva, Hans Krebs, uno de los dirigentes del DNSAP que luego huiría a Berlín surcando el Elba en canoa, se reunió con un prometedor líder de otra organización deportiva, Konrad Henlein. Juntos tramaron un plan para

constituir el Sudetendeutsche Heimatfront («Frente Patriótico de los Sudetes Alemanes») que, aunque absorbió a los restos del DNSAP, no se estableció originalmente como un partido político. Los dirigentes del DNSAP habían aprendido por las malas a ser discretos. El Heimatfront se fusionó en seguida con otra asociación de derechas conocida como Kameradschaftsbund, que decía inspirarse en el ideólogo y profesor de una universidad vienesa Othmar Spann, cuya filosofía podría describirse como una forma extrema del fascismo clerical austriaco. El fascismo clerical, aunque tenía sus raíces en la ideología fascista, evitaba el ateísmo modernista del fascismo aprovechándose de las ideas y los avales de la jerarquía católica. Para el observador moderno, las diferencias doctrinales entre el spannismo y el nazismo pueden ser difíciles de apreciar, además de que el propio Spann perteneció al Partido Nazi, pero permitieron a Henlein y a su Heimatfront diferenciarse de la ideología hitleriana y evitar que la organización fuera considerada sucesora directa del DNSAP. También les permitió consolidar la imagen de que el movimiento de Henlein estaba compuesto de un ala más extremista y otra más moderada –una noción basada más en la rivalidad entre facciones que en las diferencias entre sus objetivos–, lo que desempeñó un papel importante en la opinión que del movimiento se formaron los británicos en 1938. El siguiente paso, que dieron en 1935, fue convertir el Heimatfront en un partido político, el Sudetendeutsche Partei o SdP.⁵⁴

El corresponsal del *Daily Express*, George Eric Gedye, que conoció a Henlein en su ciudad natal de Aš, pensaba que parecía un «empleado de banca de aspecto atlético».⁵⁵ Hijo de un contable de Liberec, y nacido en 1898, Henlein había combatido en la Primera Guerra Mundial (fue capturado por los italianos), y luego pasó los primeros años veinte trabajando en un banco.⁵⁶ Pronto se implicó en una asociación deportiva conocida como Turnverband, primero a nivel local y luego como coordinador general para los Sudetes. Henlein no era, a los ojos de Gedye, un líder carismático. En las manifestaciones leía sus notas, le faltaba la potencia oratoria de Hitler.⁵⁷ Rechazó un escaño en el Parlamento y a menudo dejaba que otros actuaran como portavoces. Sin embargo, debía de tener unas notables habilidades organizativas. A finales de 1935 estaba al

frente del que era, con diferencia, el partido alemán más importante de los Sudetes. Desde el pozo de la Depresión, iluminado por el reflejo de la aparente gloria del programa nazi de reconstrucción del Reich, el SdP consiguió la mayoría de los votos de los Sudetes alemanes. A comienzos de 1938, cuarenta y cuatro de sus miembros se sentaban en el Parlamento en Praga, con más representación que todos los partidos «activistas» de la Alemania de los Sudetes juntos.⁵⁸

Si Henlein estuvo comprometido con el nazismo desde el principio o si al comienzo estuvo más en la onda del fascismo clerical es un tema historiográficamente discutible.⁵⁹ Quizás la elección de los nombres de sus hijos nos da una pista: Gudrun, Ingrid y Horst, este último un nombre típicamente nazi, como en la canción favorita de los nazis «Horst Wessel Lied». ⁶⁰ Era también capaz de ser cruel. Dos hombres le ayudaron más que nadie a ascender en el Turnverband y en el liderazgo del Heimatfront: Walter Brand y Heinrich Rutha. A ojos de los nazis, ambos tenían el inconveniente de ser miembros de la facción de la Kameradschaftsbund. En octubre de 1937, Rutha, desde hacía tiempo amigo íntimo de Henlein, fue detenido por homosexualidad y por haber tenido relaciones con jóvenes, tras una investigación basada en filtraciones de sus enemigos nazis. El 5 de noviembre le encontraron ahorcado en su celda, cuando Henlein estaba a punto de ir a Berlín para jurar su cargo ante el *Führer*. El presidente del SdP se abstuvo de interferir cuando Walter Brand fue marginado por iniciativa del dirigente de la Gestapo Reinhard Heydrich. Dos años más tarde fue detenido.

En algún momento hacia finales de 1934 o comienzos de 1935, Václav Maria Havel –arquitecto célebre y padre del futuro disidente y presidente de la República Václav Havel– actuó como anfitrión de un encuentro a puerta cerrada en su casa, un piso de un edificio con motivos florales y colores pastel de estilo *art nouveau* con vistas al Castillo, en lo que hoy es Rašínovo Nábřeží. Konrad Henlein y algunos de sus acólitos se reunieron con un grupo de políticos y destacados intelectuales checos, entre los que se encontraban Prokop Drtina, Hubert Ripka, director del *Lidové noviny* y amigo y consejero de Beneš, y Hubert Masařík, ensayista y diplomático.

Miembros de ese grupo habían estado recientemente en la ciudad de Česká Lípa para asistir a la primera presentación pública importante de Henlein. Tenían la impresión de que el Sudetendeutsche/Heimatfront no era sino la nueva encarnación del DNSAP, el Partido Nazi, pero querían observar las cosas más de cerca. Henlein habló largo y tendido. Hizo las mismas proclamas en torno a su distanciamiento del nazismo y su fe en la democracia que había hecho en Česká Lípa. Sus interlocutores no sabían qué creer hasta que Ripka le preguntó a bocajarro: «¿Y qué haría usted si Hitler y Alemania atacasen Checoslovaquia, si se diera una guerra entre nosotros y Alemania? ¿Invitaría a sus simpatizantes a luchar contra Alemania y a participar con lealtad en la guerra contra ella?» Henlein titubeó, y en ese mismo instante perdió la confianza de sus anfitriones.⁶¹

No cabe duda de que, desde sus inicios, el Partido de Henlein fue primero apoyado y más adelante dirigido desde Berlín. Tras su triunfo electoral, Henlein y el SdP recibieron ayudas del Volksbund para la promoción de la cultura alemana en el extranjero y de otra organización paralela llamada Volksdeutsche Mittelstelle. Esto no era necesariamente incriminatorio: aunque también estaban dedicadas al espionaje y a la subversión fuera de Alemania, la Volksbund y la Mittelstelle se habían creado aparentemente para ayudar a los alemanes en el extranjero. Pero Henlein recibía también subsidios de otras fuentes más cuestionables, incluyendo el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, el Deutscher Arbeitsfront («Frente Laboral del Reich») y la oficina de planificación económica de Goering. El Reich financiaba el periódico del Partido, su principal órgano de propaganda, *Die Zeit*, hasta el punto de que fijaba el salario de sus trabajadores. Por último, Krebs, tras conseguir un empleo como jefe de prensa en el Ministerio del Interior alemán, ayudó a coordinar las actividades de Henlein y sus contactos en Berlín.⁶²

Se sabe que Henlein conoció a Hitler en persona como muy tarde en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936.⁶³ Hacia finales de 1937 él y su Partido estaban indudablemente cumpliendo órdenes. Un par de semanas después de que Rutha se colgara en su celda, y el día después de que Halifax visitara Berchtesgaden, el 19 de noviembre,

Henlein se reunió de nuevo con el *Führer* para hacer planes. Henlein le aseguró lo siguiente a su jefe:

Los alemanes de los Sudetes están hoy imbuidos de los principios del nacionalsocialismo y están organizados en un Partido Nacional-socialista unido y global, basado en el concepto del *Führer* [...] El Partido de los Alemanes de los Sudetes tiene que ocultar su fe en el nacionalsocialismo como ideología de vida y principio político. Como partido del sistema parlamentario democrático de Checoslovaquia, se ve obligado a utilizar terminología democrática y métodos parlamentarios democráticos de cara al exterior, tanto en la manera de escribir como en la comunicación verbal, en sus manifiestos y en la prensa, en el Parlamento, en su propia estructura y en la organización de los alemanes de los Sudetes [...] Pero en el fondo nada anhela más fervorosamente que la incorporación al Reich, no sólo del territorio de la Alemania de los Sudetes, sino también de Moravia, Bohemia y Silesia [la totalidad de las tierras checas].⁶⁴